

La visión de Juan sobre el Primero y el Último

Notas de una predicación sobre Apocalipsis
1:9-20

William John HOCKING

biblicom.org

Índice

0 - Introducción	3
1 - Juan en el exilio	3
2 - 3 visiones de Cristo	5
3 - Una voz de trompeta	6
4 - La luz y las lámparas de oro	7
5 - El Hijo del hombre en medio de las lámparas	8
6 - Ceñido para amar	9
7 - Su cabeza y sus cabellos blancos	10
8 - Sus ojos como llamas de fuego y sus pies como bronce	10
9 - 7 estrellas	11
10 - Una voz como de muchas aguas	12
11 - El sol en su fuerza	12
12 - Juan abrumado y sin fuerzas	13
13 - La mano y la palabra del Señor	14
14 - El conocimiento del Señor y su recompensa	16

0 - Introducción

Se ha hablado del consuelo que el libro del Apocalipsis aporta actualmente al pueblo de Dios; esta utilidad del Apocalipsis es innegable y merecería ser más reconocida. Este libro fue escrito con este propósito específico en un momento de gran angustia y tribulaciones en la historia de la Iglesia.

Varios aspectos particulares del Apocalipsis pueden, a primera vista, disuadir a las personas de leer y estudiar este libro. Pero sin duda alguna, brinda ayuda y consuelo a los más sencillos, si lo abordan de la manera correcta. Y, de hecho, solo hay una forma correcta de abordar tal o cual pasaje de las Escrituras, y esa forma consiste en tener el deseo ardiente, sincero y temeroso de ver en ese pasaje en particular una comunicación especial sobre la persona de Jesucristo.

La gran lección de las Sagradas Escrituras y el gran tema que Dios enseña por medio de su Espíritu a lo largo de los siglos es que solo hay una persona que puede ayudar adecuadamente a los más jóvenes y a los más mayores, a los más débiles y a los más fuertes de su pueblo, y esa persona es Jesucristo. Ahora bien, fue precisamente para Juan y para los santos probados como él que se dio y se registró la visión de Jesucristo en el capítulo 1 del Apocalipsis.

1 - Juan en el exilio

Pensemos por un momento en Juan y en la situación en la que se encontraba. De las Escrituras se desprende con bastante claridad que Juan era el último superviviente de los apóstoles. Era un joven cuando fue discípulo de Cristo en Galilea; es un anciano en Patmos. Había visto muchos cambios entretanto; y había sufrido muchos trastornos desde que vio por primera vez al «Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» ([Juan 1:29](#)).

Supongamos que esta visión le fue concedida a Juan hacia finales del siglo 1, y pensemos en algunos acontecimientos importantes de ese siglo. Para simplificar, consideremos que nuestro Señor fue crucificado hacia el año 30; 30 años más tarde, en el año 60, el apóstol Pablo llegó a Roma como prisionero, y toda la obra del Espíritu de Dios de la que nos habla el libro de los Hechos se había cumplido. Durante ese período, el Evangelio se había extendido en toda su plenitud y poder por el mundo conocido, y miríadas de personas se habían añadido a la Iglesia de Dios. 10 años

más tarde, en el año 70, Jerusalén, la ciudad del gran Rey, el centro terrenal de las esperanzas de Israel fue reducida a ruinas humeantes por el ejército romano. Hacia el año 90, Juan, el anciano apóstol, escribió 3 dulces Epístolas, que aún conservamos, llenas de afecto y verdad, y aplicables a la familia de Dios en todas partes y en todo momento.

Cuando pasaron esos años ricos en acontecimientos, lo vemos aquí como un exiliado solitario. Había visto muchas maravillas divinas y había visto nacer la Iglesia de Dios, la había visto crecer y expandirse. También había visto cómo el mal se infiltraba en esa santa Iglesia, y había visto a hombres abandonarla, apartarse de ella y corromperse bajo la influencia de doctrinas perniciosas; además, había visto cómo el poder de Roma perseguía a la Iglesia, como lo había hecho con la nación judía. Ahora, en su vejez, él mismo estaba desterrado en la isla de Patmos. ¡Cuán llenos de dolor, arrepentimiento y decepción habían sido para él esos 100 años! Lo que parecía tan prometedor ahora se había desvanecido; el Evangelio que había salido a conquistar el mundo entero era ahora, en cierto modo, un fracaso. Él mismo estaba prisionero del poder civil de Roma, exiliado y separado de sus amigos y hermanos en la fe, abandonado a su suerte para morir en Patmos, abandonado por todos.

La experiencia de Juan era triste para un anciano piadoso y muy respetado en la Iglesia. Cuando era joven e impulsivo, le había dicho al Maestro: “Podemos beber tu copa y ser bautizado con tu bautismo” (vean [Mat. 20:22](#)). El Señor le había respondido en esencia: “Efectivamente beberás mi copa. Como verás, iré al Gólgota, mi servicio es un fracaso, mis esfuerzos han sido en vano; los años de mi ministerio son estériles a los ojos de los hombres; y yo mismo estoy abandonado, renegado por mi nación, entregado al poder de César para ser crucificado. Tú también beberás de esta copa; verás fracasar tu servicio, siendo prisionero de Roma, sin poder dar testimonio de tu Maestro” ([Marcos 10:39](#)). ¿Recordó Juan, en Patmos, las palabras de Jesús?

Pero el Señor sabía que, en el Calvario, cuando su nación se apartó de Él y lo entregó a las naciones para ser crucificado, cuando muchos de sus discípulos asustados lo abandonaron e incluso lo negaron, había uno que se había acercado a él ese día; había uno que no había abandonado por completo a su Maestro; había uno que estaba cerca de la cruz, a quien él había mirado y con quien había hablado, y ese discípulo era Juan, que había venido allí para beber, si podía, la copa de su Maestro.

El Señor no olvida ningún acto de fidelidad hacia él. Por eso, años más tarde, cuando Juan fue expulsado de las relaciones de la comunidad cristiana, sin ningún amigo en

la tierra que lo consolara, el Maestro, según su promesa, no lo abandonó. El Maestro vino a visitar a su siervo en la isla de Patmos. Vino, pero ¿con qué propósito? ¿Por qué viene a los que están abatidos? Viene para iluminar el corazón de los que están como envueltos en tinieblas, de los que sienten el poder cruel del mundo y la presión de las circunstancias adversas. Vino a Juan para levantarlo, para revelarse, para presentarse ante este discípulo afligido y revelarle de nuevo sus glorias y su persona inmutable. Queridos amigos, así es como él también vendrá a nosotros, en estas horas de tensión y tristeza que han golpeado al mundo y a la Iglesia.

Hoy nos enfrentamos a la gran ruina de la Iglesia. Por ruina me refiero a que el poder del diablo ha invadido la Iglesia; las comunidades cristianas no son puras y santas en todas partes; el pecado está presente y se tolera en muchas comunidades, y parece influir en la conducta de quienes confiesan a Cristo. Sabemos, según las Escrituras, que así debe ser, porque este terrible declive fue anunciado desde el principio. Pero hay muchos a quienes estas tristes condiciones abaten. Muchos incluso dicen que ahora hay que dejar que las cosas sigan su curso. Pero nunca es demasiado tarde para tomar una posición valiente por Cristo, y los que están abatidos deben recordar lo que el Espíritu de Dios ha registrado aquí para instruirnos, ayudarnos y consolarnos.

2 - 3 visiones de Cristo

La visión dada al apóstol fue gloriosa. Y como fue consignada por escrito, tenemos el privilegio de pasar este momento con Juan en la isla de Patmos. En cierto modo, podemos oír lo que él oyó y ver lo que él vio.

Así, en los grandes momentos de la historia de la humanidad, Dios se revela de una manera propia a cada ocasión. En el Apocalipsis se dan 3 visiones de Cristo en relación con las 3 grandes divisiones del libro, ya que el Apocalipsis está dividido en 3 partes. La *primera* parte trata de las cosas presentes, es decir, de la situación de la Iglesia que comenzó en Pentecostés y continúa hasta su arrebató. En los 3 primeros capítulos, vemos que Jesucristo se revela en relación con estas cosas presentes. La *segunda* parte, la más importante, se refiere a los juicios providenciales que caerán sobre los hombres cuando la Iglesia se haya ido. Así, en el capítulo 5 tenemos la visión de Cristo como el Cordero de Dios inmolado que quita el pecado del mundo y prevalece para abrir el libro sellado. La *tercera* parte trata de la época de la aparición de Cristo y de su reinado. Comienza en el capítulo 19, que contiene la introducción a ese día de juicio personal del Señor. En él tenemos una visión de Cristo en el cielo,

montado en un caballo blanco, viniendo al mundo como Juez guerrero.

Al estudiar estos pasajes, vemos que, en cada uno de estos casos, Cristo se revela con un carácter que corresponde a la manera en que Dios actúa hacia el mundo, la cual se describe en la visión particular. Lo que examinaremos brevemente para nuestro consuelo y ayuda especial en este momento es la visión de Cristo que se le apareció a Juan el día del Señor en la isla de Patmos.

3 - Una voz de trompeta

Como acabo de decir, creo que los pensamientos de Juan debían de ser muy tristes, mirando más allá del mar, probablemente hacia la costa de Asia Menor. Allí podía ver, al menos en espíritu, aquella parte del país donde se había dado un testimonio tan grande de Jesucristo, y donde el poder del Espíritu Santo de Dios había reunido a mucha gente para adorar al Padre y al Hijo. Ante él se encontraban las 7 iglesias de Asia. Juan casi podía verlas. Y pensaba en cuánto habían cambiado las cosas desde el día en que habían oído por primera vez la voz de Jesús en el llamado del Evangelio. ¡Cuánto habían cambiado ahora en fe, celo y santidad! Mientras pensaba con tristeza en ese declive, Juan oyó detrás de él una gran voz como de trompeta.

Había Alguien que había escuchado sus pensamientos; había Alguien que sabía lo que ocurría en su alma; y ese Alguien se había acercado a él y le hablaba. Al escuchar lo que el Señor le decía, Juan descubrió que Él tenía algo que comunicarle a su siervo. El apóstol debía escribir; primero debía escribir en un libro lo que veía y enviarlo a cada una de las 7 iglesias. La primera comunicación a las congregaciones no era una cuestión de doctrina o exhortación, sino la visión de la Persona viva del Hijo del hombre en Su poder y gloria. Porque observemos bien que las 7 Epístolas contenidas en los capítulos 2 y 3 eran comunicaciones adicionales, una para cada asamblea. La primera comunicación se refería a la visión que Juan había tenido para su consuelo e instrucción personal (v. 11).

Queridos amigos, quisiera grabar en mi mente y en la de ustedes este mismo hecho importante, esta visión del Cristo de Dios. Ya seamos jóvenes o mayores, todos deberíamos, para nuestra fuerza espiritual, tener ante nuestras almas esta visión de la persona viva de nuestro Señor Jesucristo. ¿No es cierto que Cristo se da a conocer, que hace resonar su voz como una trompeta en nuestros oídos? Pero a menudo, como le sucedió a Juan, nos habla por detrás.

Juan oyó una voz detrás de él. Mientras miraba a lo lejos las 7 iglesias, como suponemos, Cristo estaba detrás de él. Miraba lo que tanto le deprimía. ¿No es lo mismo para muchos de nosotros hoy en día? Cuando miramos a nuestro alrededor, ¿qué estado tan lamentable, qué despreocupación y qué indiferencia vemos! Y empezamos a entristecernos y decimos que la obra cristiana ya no sirve para nada; abandonemos todo, porque al mirar a las iglesias y al mundo, solo vemos tristeza, conflictos y pecado.

Pero una voz detrás de nosotros resuena como una gran trompeta. Hay Alguien que nos habla; tiene un mensaje especial para nosotros. Hagamos como Juan. Se volvió para ver la voz que le hablaba; mientras no se volviera, no podía ver a Aquel que hablaba. ¿Estamos mirando en la dirección equivocada? ¿Estamos mirando las circunstancias o a Cristo? Un hombre, un apóstol, había caminado sobre las olas, pero miró a las olas y se hundió inmediatamente. De la misma manera, al apartar su mirada de Cristo, Juan no tenía fuerza ni poder. Simplemente estaba prisionero en Patmos y, mientras tanto, el declive se amplificaba en las congregaciones cristianas que tanto amaba.

4 - La luz y las lámparas de oro

El Señor se revelaba aquí de una manera maravillosa. Al volverse, Juan vio 7 lámparas de oro. Estaban agrupadas de esa manera con un propósito específico. Una lámpara sirve, evidentemente, para dar luz. Había 7, y eran de oro, lo que indicaba la santa labor que debían realizar en el ministerio divino. Su función era santa; debían difundir la luz de la gracia y la verdad en este mundo. Juan veía 7. Sabemos que las lámparas se refieren a las 7 iglesias de Asia Menor, pero en sentido figurado, se refieren, hoy como ayer, a la Iglesia en este mundo como el medio por el cual la séptuple actividad del Espíritu de Dios se expresa en testimonio de Cristo durante la noche de su ausencia.

En las Epístolas de Pablo, la Iglesia se presenta en su unidad como asociada a Cristo en los cielos. Es muy importante para nosotros conocer esta vocación celestial de la Iglesia. Pero, aunque, en el designio de Dios, la Iglesia ya está ahora en los cielos, en la práctica, los santos están aquí, en este mundo, y constituyen la Asamblea de Dios. Y los suyos son enviados aquí y allá para cumplir el servicio divino, según Su voluntad.

El número 7 es, por supuesto, simbólico; pero en sentido amplio, representa sin duda, entre otras cosas, el hecho de que Dios, en su designio de gracia, ha colocado a diversas compañías de creyentes donde le ha placido, con el propósito expreso de que brillen para él, estando unidos, en las tinieblas de un siglo malo. En su carácter simbólico, están relacionadas con los 7 Espíritus de Dios mencionados en el versículo 4.

Es evidente que una lámpara de oro no tiene ninguna utilidad sin su luz. Juan vio 7 lámparas, pero la luz de las 7 iglesias de Asia Menor era débil. No brillaban mucho para el Maestro, y su débil resplandor causaba tristeza al apóstol. Pero él vio más que eso en su visión. En medio de las 7 lámparas de oro, había alguien semejante al Hijo del hombre.

5 - El Hijo del hombre en medio de las lámparas

Es sobre este elemento central de la visión de Juan sobre el que me gustaría llamar su atención especialmente hoy. Los ojos del apóstol se abrieron para ver quién estaba entre las lámparas. Lo mismo ocurre hoy en día. En medio de la Iglesia profesa en la tierra, hay alguien semejante al Hijo del hombre. Quizás ustedes digan que la Iglesia está en los lugares celestiales, y es cierto, y Jesucristo se revela allí glorificado, a los ojos de la fe. Pero él también está aquí abajo, como el Hijo del hombre glorificado. Está en medio de las 7 lámparas de oro, que están todas unidas en este sentido, para rodear a la adorable persona de Cristo como Hijo del hombre.

Este título nos recuerda el testimonio de Juan sobre el Señor y la enseñanza que daba sobre él en el capítulo 5 de su Evangelio. Allí se revelan muchas cosas, pero hay 2 elementos especialmente importantes que merecen ser destacados. El Señor está presentado como el que da vida y como Juez. Jesús ejerce funciones divinas. Dios da vida; el Hijo también da vida a quienes él quiere. Así, el Hijo del hombre es el que da vida. Además, es el Juez de toda la tierra. El Padre mismo no juzga a nadie; todo juicio se remite al Hijo ([Juan 5:21-22](#)). En Patmos, Juan ve a Jesús entre sus iglesias, como el Hijo del hombre, como el que da vida, que concede la vida y la sostiene. Pero más que eso, también es Aquel que señala lo que es falso, que discierne y condena todo lo que es malo.

Además, se le aparece al apóstol como Aquel que está vestido con una túnica que le llega hasta los pies. Esta prenda flotante indicaría la gracia y la dignidad de su

persona en reposo, más que en servicio activo, como sugerirían las prendas ceñidas. Quizás Juan recuerda el servicio activo del Señor durante la última cena de Pascua, cuando Jesús se levantó de la mesa, se ceñó con un paño, tomó una palangana y lavó los pies de sus discípulos. Ahora, aparece de nuevo en medio de los suyos, no para lavarles los pies, sino en la dignidad de su persona, él, el Señor de todos los santos, vestido con una túnica que le llega hasta los pies. Como Sacerdote y Abogado, sirve en los cielos, pero en medio de sus asambleas es aquel a quien se contempla con asombro y se adora sin cesar con fervor.

6 - Ceñido para amar

Observamos que el Hijo del hombre estaba ceñido al pecho, y no a los lomos, con un cinturón de oro. Este detalle de la visión tiene un significado importante, sobre todo si recordamos que el Señor se revela en este capítulo como Juez. Aprendemos que, al reprimir el mal en las iglesias, lo hace con la energía de su amor. Para quien no conoce el amor de Cristo, su aspecto puede parecer un poco intimidante.

Hace años, hablaba con un abogado de Ceilán (Sri Lanka) que era budista. El tema de nuestra conversación era la verdad de las Escrituras. Estaba impregnado de las nociones infieles tan extendidas en nuestro país cristiano. Las había aprendido aquí, durante su visita a Inglaterra. En aquel momento, regresaba a Ceilán plenamente convencido de que Gran Bretaña estaba abandonando rápidamente su religión nacional. Una de las objeciones que planteaba con respecto a la fe cristiana era precisamente el tema de este capítulo. Decía con desdén: “¡Me hablas de tu Jesús! La Biblia también habla de tu Jesús, ¿y cómo lo hace? Lo presenta como un juez grande y terrible, vestido con una túnica larga, con ojos como llamas y una espada de doble filo en la boca. Eso me aterroriza; Buda es tan tranquilo”. Podría haberle dicho que ese mismo Jesús al que temía permitía que los niños pequeños se acercaran a él sin que se sintieran aterrorizados.

Pero el budista tenía mala conciencia, de ahí su idea de que Jesús era alguien que aterrorizaba a los hombres. Sin embargo, yo no lo veo así en este pasaje de las Escrituras. Jesús está en medio para oponerse al mal, pero lleva un cinturón de oro ceñido al pecho. En medio de sus asambleas, su pecho está ceñido porque está activo. Está allí para ejercer su amor, y la energía de su amor no ha disminuido a lo largo de los siglos. Todavía está entre nosotros Aquel que está ceñido para amarnos, y el vínculo de su amor es un vínculo de justicia, porque lleva el cinturón de oro de la

justicia divina. No podemos agotar el amor de Aquel que nos ha salvado y lavado de nuestros pecados con su preciosa sangre.

7 - Su cabeza y sus cabellos blancos

Además, su cabeza y sus cabellos eran blancos como la lana blanca, como la nieve. El cabello blanco es «una corona de gloria» (vean [Prov. 16:31](#); [20:29](#)), es un signo de sabiduría, como para el Anciano de días en la visión de Daniel (7:9). Pero, dirán ustedes, ¿qué esperan las pobres iglesias atribuladas de una persona así? ¿No dijo el Señor a sus discípulos?: «Os envío como ovejas en medio de lobos» ([Mat. 10:16](#)), y no somos nosotros sus ovejas ¿débiles, estúpidas, rebeldes? Nos gusta seguir nuestros propios caminos, carecemos de la sabiduría que necesitamos. Pero al mirar al Señor Jesús, lo vemos dotado de todo poder y toda sabiduría. Las canas nos hablan de esa sabiduría que viene de lo alto y que es ante todo pura. Es él quien se ha convertido en sabiduría para nosotros. Santiago dice: «Si a cualquiera de vosotros le falta sabiduría, pídale al que da generosamente y sin reproche» ([Sant. 1:5](#)). Los tesoros de la sabiduría están en Aquel que pasó por este mundo como Hijo del hombre y que sufrió como ningún hombre ha sufrido ni podría sufrir jamás. Miremos, pues, a Aquel que está en medio de nosotros, lleno de sabiduría para guiar y dirigir las asambleas.

8 - Sus ojos como llamas de fuego y sus pies como bronce

Además, sus ojos son como llamas de fuego, que disciernen y escrutan nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestros actos, mirándonos y sondeándonos por completo. ¿Acaso no necesitamos este minucioso examen? No hay servicio religioso más necesario para nosotros que estar a los pies de Jesús y pedirle que nos sondee a fondo, como lo hacía el salmista en la antigüedad ([Sal. 139:23-24](#)). Que sus ojos como llamas de fuego nos sondeen para descubrir y consumir toda motivación odiosa. Somos propensos a engañarnos a nosotros mismos, pero cuando sentimos sus ojos posados sobre nosotros, no cometemos errores, porque la luz de su presencia nos escudriña y nos muestra la verdad o el error en nuestro interior.

¿Y qué nos dicen sus pies? Juan vio que eran semejantes al bronce bruñido, como si hubieran sido refinados en un horno. Acabamos de decir que la Iglesia, en aquella época, atravesaba el horno de la aflicción y la persecución. Poco antes, algunos cristianos habían sido quemados vivos en los jardines de Roma; y ¿dónde estaba Cristo en medio de los horribles sufrimientos que padecían sus siervos? Sus pies, por así decirlo, caminaban con los suyos en el horno. ¿No es él el mismo que caminó en el horno en otro tiempo con Sadrac, Mesac y Abed-Nego? Cuando Nabucodonosor miró dentro del horno, dijo: «¿No echaron a tres varones atados dentro del fuego? Ellos respondieron al rey: Es verdad, oh rey. Y él dijo: He aquí yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses» ([Dan. 3:24-25](#)). Como sucedió con los fieles testigos en Babilonia, así sucede cuando la Iglesia atraviesa la hora de la prueba; hay Uno que camina con los santos, con los pies como encendidos en un horno.

Les pregunto: ¿Creen personalmente que el Señor camina verdaderamente en medio de la Iglesia perseguida que sufre, y que también camina con cada individuo probado y afligido? A veces tenemos que atravesar el horno de la aflicción. El fuego está delante de nosotros y debemos avanzar; pero aquí aprendemos que siempre habrá Alguien con nosotros, a veces detrás de nosotros, a veces delante. Cuando está delante de nosotros, somos felices, porque sabemos por experiencia cómo su poder y su fuerza actúan a nuestro favor.

9 - 7 estrellas

Juan vio entonces en esta visión que la Iglesia de Dios no estaba abandonada. Los pies del Maestro caminaban con los santos en sus ardientes pruebas, pero había algo más. Las 7 lámparas de oro estaban allí, pero Juan apartó la vista de ellas y la dirigió al Señor mismo: y vio en la mano derecha del Maestro 7 estrellas que representaban las 7 iglesias. Esto marca toda la diferencia entre la derrota y la victoria. A pesar del débil estado de las asambleas, las 7 estrellas estaban sostenidas y mantenidas en la mano derecha del poder, en la mano derecha de Jesús. ¿No era esto un consuelo para el amado apóstol, afligido en tiempos en los que había muchos anticristos? ¿No sería esto también un consuelo para nosotros?

En los días más oscuros, Dios siempre tendrá una luz que brillará para él. Hay Uno, el Hijo del hombre glorificado, que vela por que la luz del testimonio brille permanentemente en este mundo. Por lo tanto, queridos amigos, no nos desanimemos. El

Señor mismo tiene el testimonio completo, las 7 estrellas, en su mano, por lo que la cuestión de dar luz está perfectamente asegurada. Lo que deben velar, personalmente, es que su propia luz brille. Si su luz no brilla, el Señor utilizará a otra persona. Feliz es el hombre que brilla para Cristo en el mundo y en la Iglesia. Triste es el hombre que está oscuro y muerto en cuanto al testimonio de Cristo. Por lo tanto, velemos para que nuestra luz brille, consolándonos al mismo tiempo con el hecho de que un testimonio perfecto se mantiene en las manos del Señor Jesucristo, donde se encuentran las 7 estrellas.

10 - Una voz como de muchas aguas

La voz que Juan oyó era como una voz de muchas aguas. Creo que esta imagen se refiere al testimonio de nuestro Señor Jesucristo. La voz de su nombre se extiende por toda la tierra. Así como el viento sopla donde quiere, representa las actividades del Espíritu, las muchas aguas pueden representar las actividades del Hijo. Oímos la voz del Espíritu de Dios obrando, dando testimonio de Cristo. Las aguas poderosas son la multitud de esos poderosos medios que dan vida eterna. Los hombres nacen de nuevo por el agua viva de la Palabra; oyen la voz de Jesús en la voz del Evangelio, en la voz de las revelaciones de las Escrituras que se extienden por toda la tierra.

Esta voz que oyó el apóstol en Patmos era para él como la voz de grandes aguas, majestuosa en su poder, recordándole quizás aquella lejana noche en la que oyó la voz de Jesús elevándose por encima de la tormenta que azotaba el mar de Galilea. Su poderosa voz cubría entonces los elementos desatados. Este poder es tal que incluso los muertos oyen al Hijo de Dios, y los que lo oyen viven. Sin duda, esto es así tanto para el cuerpo como para el espíritu. Hoy, como antaño, los muertos oyen la voz del Hijo de Dios y viven.

11 - El sol en su fuerza

Después de ver que de su boca salía una espada aguda de doble filo, símbolo del poder penetrante de su Palabra, Juan vio que su rostro era como el sol cuando brilla en su fuerza. La gloria sobresale en este Señor glorioso. Piensa en las lámparas de oro, piensa en las 7 estrellas, y luego en el sol del mediodía. ¿Dónde está su pequeña antorcha y dónde está su estrella al mediodía? Todo se desvanece ante el resplandor

del sol en su cenit. ¿No es lo mismo con el rostro de Cristo, donde resplandece la gloria de Dios? Para los hombres de fe, ahí reside la gran fuerza del testimonio en el mundo actual. Es lo único que hace que el hombre de Dios se mantenga tranquilo y en paz ante los obstáculos considerables. En la gloria radiante del rostro de Cristo, encontramos confianza y seguridad, y somos transformados por ella.

¿No vio Saulo de Tarso esa gloria? Brilló sobre él cuando la locura de la persecución aún llenaba su alma. Vio el rostro de Jesús y de inmediato quedó ciego a todo lo que le rodeaba. Se sintió perdido en presencia del Señor de gloria, cuya voz, como una espada de doble filo, penetró en su conciencia y en su corazón. Mucho tiempo después, Pablo escribió: «¿No he visto a Jesús nuestro Señor?» (1 Cor. 9:1).

Muchos caminan hoy en la luz de ver a Cristo por la fe, y eso es algo que hay que buscar. No hay mayor poder para el testimonio y el servicio en este mundo que el que emana de la persona del Señor Jesucristo. Al mirar hacia él, con la seriedad que Pablo se imponía a sí mismo y exhortaba a los filipenses, percibimos algo de su gloria. En el Antiguo Testamento, así sucedió con Moisés en la montaña. Bajó de la montaña como un hombre especial a los ojos del pueblo; su particularidad era que su rostro resplandecía con una gloria celestial.

Ahora podemos reflejar la gloria de nuestro Señor y Salvador. Aquellos que, en la intimidad de su habitación, contemplan el rostro resplandeciente del Hijo del hombre, brillan ellos mismos con una gloria innegable en este mundo oscuro, siendo transformados a la misma imagen, de gloria en gloria. Nada es comparable a esto en estos tiempos difíciles. Así, todo hijo de Dios puede ser testigo de Cristo, porque todos saben lo que es acercarse a la persona del Señor Jesús, hablar con él y escuchar su Palabra. De esta manera, la longanimidad, la dulzura y la gracia que caracterizan a Jesús se imprimen en el discípulo de Cristo, y los hombres del mundo dicen: “Este hombre tiene algo que lo distingue de todos nosotros”. De hecho, reconocen que hemos estado con Jesús y que hemos aprendido de él. ¡Ojalá podamos conocer mejor el poder transformador de su presencia!

12 - Juan abrumado y sin fuerzas

El efecto de esta visión de la gloria divina en Juan es sorprendente, pero si lo pensamos bien, no tiene nada de extraño. El anciano apóstol cayó a los pies de su Maestro como muerto; era la actitud correcta. Era exactamente la postura que debía adoptar

en esas circunstancias. Al pensar en las glorias de Jesús reveladas así ante él, Juan dijo: “¿Qué soy yo delante de él?”.

Juan pensaba sin duda en el momento de la última cena, cuando se inclinó sobre el pecho de Jesús y saboreó la dulzura de su amor, la noche en que fue entregado. Durante mucho tiempo había experimentado el cuidado de su Maestro hacia él y recordaba a menudo sus últimas palabras de gracia. Pero ahora veía a Cristo glorificado con ojos llameantes como el fuego, y cayó y adoró a Aquel a quien pertenecen todo poder, toda sabiduría, toda gloria y todo dominio.

Cuando el apóstol cayó a Sus pies de bronce, como muerto, reconoció que no había vida en él, sino que la vida estaba en el Hijo. Juan adoptó una postura de total impotencia ante el Señor. Esa es la esencia misma del verdadero servicio, porque cuando alguien se encuentra en un estado en el que puede decir: “No puedo hacer nada”, es precisamente a esa persona a quien el Señor utilizará. Si pensamos que somos algo, nos ponemos en nuestra propia luz y olvidamos que no podemos hacer nada, a menos que Él se digne tomarnos como vasos vacíos y hacernos útiles para su servicio.

13 - La mano y la palabra del Señor

El Señor no dejó al humilde siervo sin fuerzas a sus pies. Él había venido no solo para revelar su gloria al exiliado, como la había revelado antes a otros hombres de Dios, sino también para tener un contacto personal con el discípulo que amaba. Puso su mano derecha sobre él. Consideren lo que significa el hecho de que el Señor de gloria pusiera su mano derecha sobre Juan, la poderosa mano derecha que sostenía las 7 estrellas. Significa que le transmitió su poder. Al poner su mano derecha sobre él, le dio una nueva fuerza a ese pobre peregrino cansado.

Pero aún más, el Hijo del hombre se dirigió al hombre abatido, diciéndole: «No temas», las mismas palabras que había pronunciado más de una vez en la tierra. El hombre glorificado de la visión era Jesús, Jesucristo, que «es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» ([Hebr. 13:8](#)).

Cuántas veces, durante su ministerio, había dicho el Señor: «No temas». No tengo mucha estima por las personas que nunca tiemblan, son personas audaces e ignorantes, que siempre creen tener razón. Debemos sentir nuestra debilidad y temblar. Si temblamos, tendremos el bendito privilegio de oír a Jesús decirnos: «No temas».

En el caso de Juan, como siempre, su Palabra tenía un poder efectivo.

Luego, además de esta palabra de consuelo, se reveló como el Primero y el Último, porque él mismo se revela.

Si ustedes miran las profecías de Isaías, verán que Dios habla 3 veces de sí mismo de esta manera particular ([Is. 41:4](#); [44:6](#); [48:12](#)), declarando su divinidad y su soberanía, sobre todo. El Señor es el Primero y el Último, el Todopoderoso. Jesús le dijo a Juan: «Yo soy el Primero y el Último»; esta frase aparece 3 veces en este libro en relación con nuestro Señor Jesucristo: una vez en el primer capítulo, otra en el segundo y otra en el último ([Apoc. 1:17](#); [2:8](#); [22:13](#)).

No piensen que «Primero» tiene solo un significado temporal. Lo más antiguo no siempre es lo más importante; un mayor puede servir a uno más joven. En las Escrituras, «Primero» significa a menudo “el más grande”. Se aplica en este sentido a los hombres (vean [Marcos 6:21](#); [Lucas 19:47](#); [Hec. 13:50](#); [28:7](#)), a Filipos: ([Hec. 16:12](#)), a Pablo como pecador ([1 Tim. 1:15](#)). Cuando el Señor Jesucristo habla de sí mismo como el Primero, se presenta como el Supremo. No hay nadie más elevado que él. Él es el primogénito de entre los muertos y de toda la creación, antigua y nueva; porque en todas las cosas, por derecho inherente, debe ocupar el primer lugar.

Podemos señalar aquí, de paso, la razón frecuente de los fracasos en la vida y el testimonio cristianos. El Señor no ocupa el primer lugar, es decir, el más importante. Pueden ponerlo en primer lugar, pero no como jefe. Un niño decía «voy», pero no iba ([Mat. 21](#)); la voluntad del padre no le importaba. Pueden poner al Señor en primer lugar, pero dándole el segundo lugar. Él debe ocupar el primer lugar y ser supremo en todo. Que él sea para nosotros el Primero y el Último, como se le llama en las Escrituras.

Todo pertenece al Señor. No hay nada ni nadie que sea digno de compararse con él. Todo se resume en él. El principio y el fin, el primero y el último, todo está incluido en el glorioso Cristo de Dios. Él es el Viviente que ha muerto; él tiene las llaves de la muerte y del Hades, todas las cosas están en sus manos.

Queridos amigos, ¿por qué temeríamos la hostilidad del mundo y nuestra fragilidad? El Señor nos dice, como a Juan: Yo soy el que tiene el poder supremo. Yo soy el que vela por la Asamblea. Yo soy el que llevará las cosas a su fin. Todo verdadero discípulo será llevado sano y salvo a casa. Ningún miembro del Cuerpo de Cristo faltará al llamado. La Iglesia será perfecta en la gloria.

14 - El conocimiento del Señor y su recompensa

Mencionaré otras 2 cosas antes de concluir. Ambas se derivan de la comunicación a las 7 iglesias. El Señor le dijo a Juan: «Escribe las cosas que has visto y las que son» (v. 19). Las cosas que Juan vio eran la visión de Jesús en persona. Las cosas que «son» contrastaban con las que estaban por venir, y las que han de suceder «después de estas», y que leemos en el capítulo 4.

Las cosas que «son» se refieren a las cosas del tiempo actual, mencionadas en las Epístolas dirigidas a las 7 iglesias que siguen. Los mensajes a las 7 iglesias presentan, entre otras características particulares, 2 elementos que examinaremos ahora brevemente.

El *primero* revela que el Señor está en medio de su Asamblea, escrutando en silencio, vigilando continuamente las obras de su pueblo.

Basta con leer estas 7 cartas para encontrar repetidas muchas veces las palabras «*Conozco*» tus obras. El Hijo del hombre glorificado conoce sus obras y las mías, individual y colectivamente. Conoce todas nuestras obras de ayer y de hoy. Conoce la manera en que fueron hechas; conoce el objetivo que teníamos al hacerlas. Preguntémosnos: “los planes y su ejecución ¿satisfacen siempre sus ojos ardientes de fuego?” Nos enfrentamos a un Señor vivo, ante cuyo tribunal daremos cuenta. Él nos dice, a través de Juan, que ya conoce nuestras obras. En este séptuple mensaje a las iglesias, el Señor nos llama a prestar atención a lo que decimos y hacemos.

El tiempo es corto, porque el Señor está cerca, sin duda. Nuestro testimonio aquí no durará mucho más. ¡Que nuestras obras brillen para gloria de Aquel que siempre está con nosotros y que conoce nuestras obras!

El *segundo* carácter predominante que me gustaría mencionar ahora es que el Señor, en estas Epístolas, promete una recompensa a los vencedores que luchan. La recompensa se promete a cada vencedor. En todos los casos, se menciona «al que venciere» (Apoc. 2 y 3). Todos tenemos la responsabilidad de hacer esfuerzos sinceros y fieles, y todos estamos comprometidos a vencer y no a ser vencidos. Un cristiano nunca debe ser vencido en su testimonio. Existen fuerzas reales que buscan destruir nuestro testimonio y debilitarnos, quitándonos influencia y energía para la verdad, pero depende de nosotros reclamar la victoria. «Esta es la victoria que venció al mundo, nuestra fe» (1 Juan 5:4).

Debemos vencer personalmente el mal con el bien. Depende de nosotros obtener la

victoria. Según la promesa del Señor, recibiremos una recompensa en el día venidero, pero debemos vencer. Satanás debe ser vencido por la Palabra de Dios. Debemos enfrentarlo. También está el mundo, que dice todo tipo de cosas malas sobre el nombre de Cristo. ¿Qué hacemos si esas palabras se pronuncian en nuestra presencia? ¿Nos quedamos allí sin decir nada, o actuamos como discípulos leales? ¿Lo negaremos con un silencio culpable, o hablaremos en su favor? En otras palabras, ¿seremos vencedores? Al tener un Salvador todopoderoso que nos fortalece en nuestra debilidad, seremos más que vencedores por aquel que nos amó.